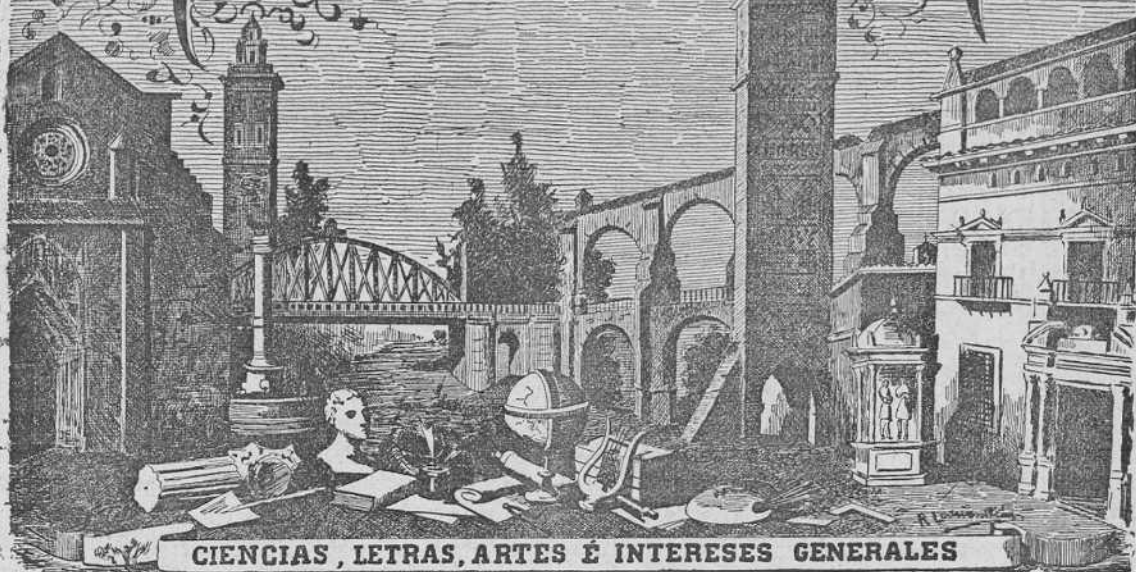


REVISTA DEL TERUEL



CIENCIAS, LETRAS, ARTES É INTERESES GENERALES

Toda la correspondencia se dirigirá expresamente al Director de la REVISTA DEL TERUEL D. Jerónimo Lafuente, Teruel.
No se devuelven los originales.

La REVISTA se ocupará de todos los libros y demás publicaciones científicas y literarias que se remitan á la Direccion.

Los autores serán responsables de sus escritos.
Véanse los precios de suscripción en la cubiertas

SUMARIO.

Crónica, por Un Teruelano.

La Noche-buena de 1836 por D. Mariano José de Larra.

Las dos Noches-buenas, por D. Antonio F. Grilo.

Cuentos de mi tierra, por D. Salvador Gisbert.

Amores eléctricos, por D. Vicente del Rio.

Un premio de la Lotería por D. Carlos Frontaura.

El gusano y el elefante, por X.

Crispin y Crispiniano, por D. Antonio de Trueba.

Epigramas, por D. Tomás Camacho.

Miscelánea.

por el ilustrado paisano nuestro, farmacéutico de Castelserás, D. Francisco Loscos.

Conocido es su *Tratado* en España y en el extranjero, ímprobo trabajo que solamente una constancia á toda prueba ha podido continuar, y que ha sido premiado en la última Exposición Farmacéutica.

Quéjase el Sr. Loscos, de que se atiende tan poco á esta clase de estudios, por los hombres, dice, que aquí son árbitros de todo. En Aragon, añade, no soban los naturalistas, ni los hay en bastante número por su importancia, para podernos colocar al lado de otras naciones que protegen y fomentan esta clase de estudios, ocupando cuidadosamente á los hombres los conocimientos especiales, lo cual en nosotros no se practica rigurosa-

CRÓNICA.

Hemos recibido el suplemento 5.º al *Tratado de plantas de Aragon*, escrito en

mente, como si á todas horas y en todo tiempo sobrasen ocasiones de poderlo verificar, sino que lejos de solicitar sus servicios, ordinariamente se les escatima y deniega todo favor.....

En el suplemento citado hace especial mencion de D. Antonio Badal, cura párroco de las Parras de Martín y de D. Bernardo Zapater, de Albarracín, quienes le han acompañado en varias escursiones y le han proporcionado considerable número de plantas procedentes de la region montana de Teruel.

El cañon «multicarga» (que así se llama) va á ser ensayado en Shandy Hood, cerca de Nueva-York, ante una comision de oficiales de los ejércitos de mar y tierra. Aspiran los inventores á conseguir que el proyectil lanzado por esta pieza traspase una plancha de 50 centímetros de espesor á 24 kilómetros de distancia.

¡Noble y humanitaria esperanza!

La coloración de la atmósfera que se nota de unos dias á esta parte en muchos puntos de España á la puesta del sol, se ha creído por muchos que era una aurora boreal, pero no es así, segun la nota del Observatorio astronómico que publica la *Gaceta*.

«Los fenómenos—dice—de coloración crepuscular del cielo desde las cinco y cuarto de la madrugada hasta la salida del sol á las siete horas y cinco minutos, y por la tarde desde la postura del mismo astro hasta las seis horas y diez minutos, han sido tan sorprendentes y admirables hoy como los advertidos ayer, tambien por mañana y tarde.

Aunque en algunos momentos la coloracion del cielo semejava la procedente de una aurora boreal, ni por la

situacion de los resplandores, ni por sus formas, duracion y modo de variar, ni por la tranquilidad en que ha permanecido la aguja magnética, puede suponerse que la aurora de aquel nombre haya brillado estos dias sobre nuestro horizonte. El fenómeno, verdaderamente extraordinario, parece ser óptico nada más, y debido á la reflexion y refraccion de la luz solar en las capas superiores de la atmósfera, cargadas de vapores acuosos en estado de condensacion ó dilucion muy dificil de definir ó precisar.»

Hemos recibido de *La Verdadera Ciencia Española*—Angeles, 14, Barcelona, el segundo número del *Boletín mensual* que publica y el primer tomo de la obra intitulada *El Pintor Cristiano*, del Reverendísimo P. Interian de Ayala.

Esta obra es tan recomendable como las demás que contiene el catálogo de esta Biblioteca Económica, y es de actualidad, atendido el desarrollo de las bellas artes en el sentido en que vemos afortunadamente que lo verifican.

El *Boletín* contiene, además de su seccion literaria, religiosa, de variedades y bibliográfica, una invitacion á los que deseen suscribirse á la Sagrada Biblia que, reuniendo á la Vulgata la traduccion del Ilmo. Torres Amat, las notas de la del Padre Scio, Vindicias de sesudos escritores, y comentarios del P. Fita y de Bossuet, publicará, en seccion aparte, á primeros de Marzo, á diez reales el tomo manual de 400 páginas.

Ya estamos en lo mas crudo del invierno. Las grandes nevadas caidas en las motañas del Norte, en la Rioja, en Navarra, y aunque no tan abundantes en Cataluña y Aragon, nos envian un

viento que hiela el rostro y casi casi petrifica los huesos. Hay quien no sabe si tiene orejas.

Pero todo esto son tortas y pan pintado, si se compara con el frío de la Siberia, donde durante ocho meses, de los doce del año, todo vestigio de vida vegetal yace completamente sepultado bajo una capa de nieve de dos varas lo ménos de espesor. La vida animal solo se descubre por las huellas de un renjífero ó una zorra en la nieve, ó por la rara aparicion de un cuervo ó un buho. Durante dos meses, en medio del invierno, el sol nunca se eleva sobre el horizonte y la nieve refleja tan solo la opaca luz de la luna, de las estrellas ó de la aurora boreal.

A principios de Febrero se deja ver el sol unos cuantos minutos al dia, prolongando sus visitas más y más hasta despues de Mayo en que la continúa noche se ha convertido en perpétuo dia.

A principios de Junio el sol toca al horizonte á media noche, pero no se pone ya durante algun tiempo. Entonces reina el viento Sur, llueve y el hielo de los grandes rios se rompe y el manto de nieve se derrite.

La tierra absorbe el calor del sol que nunca se pone; la vida vegetal despierta lenta pero vigorosamente de su largo sueño, y un verano corto y caliente produce una brillante flora alpestre y una profusion de frutas, acompañado todo de algunas tempestades formadas por los vientos del Norte.

Los *Luntes* son grandes masas flotantes de hielo que suelen verse en los mares polares. Fragmentos desprendidos de inmensas aglomeraciones de hielo se desprenden por la accion del agua. La Groenlandia puede considerarse como la patria de los *Luntes*. Son mas numerosos en las regiones polares del Norte que en las del Sur y

arrastran consigo masas de rocas, tierras y algunas veces semillas de plantas

Los Osos blancos y las focas son á veces trasportados de una region á otra en estas islas flotantes, que suelen tener dimensiones colosales y formas raras y caprichosas, tales como pirámides, iglesias, torres, fortalezas etc.

Se han observado *Luntes* que tienen hasta 300 pies de elevacion y á veces más, estando sobre el agua solo una octava parte de la masa. Son en extremo peligrosos á los que navegan en los mares polares, y estos peligros se estienden hacia el Sur por la corriente del Labrador, que arrastra gran número al Atlántico, donde se derriten, gracias á las aguas calientes de la corriente del golfo, depositando sus cargamentos de arena y piedra en los bancos de Terranova.

El teniente Schawtka, explorador de las regiones árticas, dice: «El frío más intenso que he experimentado, fué unas dos horas antes de amanecer, cuando el termómetro Fahrenheit indicaba 53 bajo cero. En ese dia hice una jornada de 25 millas, la mayor parte en trineo. Atribuyo el no haberme muerto de frío, al vestido de pieles de renjífero de los esquimales y al constante vivir en las chozas de hielo como los naturales del pais, donde la temperatura se mantiene por lo regular de 10 á 15 grados bajo el punto de congelacion. El mejor abrigo es el que se hace con pieles de renjífero y sin él los viajeros corren inminente peligro de morir helados.»

De manera que si nos comparamos con los habitantes de aquellas regiones, vivimos en Jáuja, ó poco ménos.

Con leña de la Puebla, ó cacao de Utrillas, pernil viejo, y vino idem, manta de Tarrat, y un pizco de la loteria, que nos tocará... *vengan ratas*, como decia el otro.

Y era este otro, segun cuenta Cho-

min, cierto ciudadano de la clase de timadores por lo fino.

Verán ustedes.

Fué tan grande el número de ratas de que una vez se vio invadido un pueblecillo de Castilla, que los gatos y los vecinos se declararon impotentes para dar al traste con ellas. Reunióse el ayuntamiento en sesión extraordinaria y acordó solemnemente declarar plaga municipal la invasión de los descarados animalillos, á los cuales era necesario hacer una guerra sin cuartel. ¿Pero de qué modo? Aquí estaba el cuento.

—Pongamos un anuncio en los periódicos, (dijo el alcalde después de muchas cavilaciones) ofreciendo la cantidad de mil pesetas á la persona que se obligue á matarnos...

—¡Sr. Alcalde...!

—Déjeme usted acabar el *discurso*, hombre. A la persona que se obligue á *matarnos* las ratas.

—Aprobado por *unanimidad*.

Y dicho y hecho. Púsose el anuncio en los periódicos, y á los pocos días apareció el matador que se buscaba.

—Por supuesto, que el pueblo pagará también los gastos que la matanza ocasione.

—El pueblo lo paga todo, señor matador.

—Ese caso que yo tengo necesidad.

—Alguacil, traiga usted un jarro de vino.

—Necesidad de algunas pesetas.

—Se le entregarán á usted ahora mismo las mil convenidas.

—Pues mañana á las once, todo el pueblo en la plaza.

Llegó la hora, el pueblo en masa acudió á la cita, y allí estaba ya el Ayuntamiento con el matador á la cabeza.

—Señores, dijo mi hombre, ahuecando un poco la voz, no voy á pronunciar un discurso; no soy orador, ni aunque lo fuera...

—A la cuestión, señor mío, á la cuestión; esto es, á las ratas, murmuró el alcalde constitucional ó rural

—He prometido, señores, no dejar ni una rata con vida, y lo cumpliré; porque yo no soy como esos políticos...

—¡A las ratas, á las ratas! gritó el pueblo soberano.

—Y lo cumpliré si ustedes me ayudan. Venga la caldera más grande que haya en el pueblo

Vino la caldera más grande.

—Vengan tres cántaras de aguarrás.

—No hay aguarrás. ¿Será lo mismo el aguardiente que usamos los vecinos en general y algunas vecinas en particular?

—Venga el aguardiente.

Vino el aguardiente.

—Vengan todos los fósforos que haya en el pueblo.

Los vecinos estaban asombrados. ¿Qué saldrá de aquí, Dios mío? se decían.

Y vinieron todos los fósforos.

—Venga una arroba de sal, vengan seis fanegas de cebada, y á la caldera con todos los *específicos*.

—¡Cielos!

—Venga un cuchillo.

Vino el cuchillo, lo empuñó furioso el matador, se descubrió la cabeza, tosió fuerte y exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡¡Ahora, vengan ratas!!

..

Es casi seguro y así nos consta que lo ha ofrecido la Dirección general de comunicaciones, que en el próximo mes de Enero se anunciará la subasta de la conducción del correo de esta capital á Alcañiz por las carreteras de Teruel á Córtes y de Alcolea del Pinar á Tarragona. Con esto se conseguirá que la correspondencia desde esta ciudad, llegue en 20, ó 22 horas á Alcañiz, doce ó catorce antes que hoy, y que el con-

tratista pueda facilitar la comunicacion de los partidos altos y bajos por medio de carriage.

A la vez se subastarán las conducciones á caballo de Rillo á Aliaga, de Monreal á Vivel del Rio y de Alcorisa á Castellote, creándose y suprimiéndose algunas peatonías y carterías, segun el servicio exija. Escusamos decir lo que celebraremos que sea en breve un hecho tan importante mejora gestionada con decidido empeño por el Diputado á Córtes del Distrito de Montalban D. Fernando O'Lawlor y Caballero; quien además confia conseguir en breve las subastas de la construccion de la línea telegráfica de Caminreal á Alcañiz y las de algunos trozos de carreteras de esta provincia.

..

—No hay por qué darlas, señores. Mucho más se merecen ustedes, queridos suscritores. Es tan corto el obsequio que no merece el trabajo de agradecerlo. Verdad es que la voluntad es grande, y quien sabe si otro año podremos dar á cada uno de nuestros lectores un pavo bien cebado, en lugar de un modesto Almanaque.

Felicísimas pascuas.

Un Teruelano.

LA NOCHE-BUENA DE 1836.

YO Y MI CRIADO.

Delirio filosófico.

El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que el 24 nació. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24: soy supersticioso, porque el corazon del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razon creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un

día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia; y á imitacion de aquel jefe de policia ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de los incendios, así yo desde el día 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignacion; y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro mujer porque no me diga que sí, pues en punto á amores tengo otra supersticion: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ese, á lo ménos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola; y, consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil, hasta que al fin, por la mañana, vino el sol con pato de intervencion, es decir, lentísimamente, á teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior habia sido hermsso, y no sé por qué me daba el corazon que el día 24 habia de ser *día de agua*. Fué peor todavía, amaneció nevado. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero, como el crédito del Estado.

Resuelto á no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frias, apoyé los codos en mi mesa, y paré tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, ó me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados há más de seis meses, sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparacion exacta, porque en cada artículo entiendo una esperanza ó una ilusion. Ora volvía los ojos á los cristales de mi balcon: veía los empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban á manera de lágrimas á lo largo del diáfano cristal. Así se empaña la vida, pensaba; así el frio exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre; así caen gota á gota las lágrimas sobre el corazon. Los que ven de fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven solo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced á mis lectores de las más de

mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina, dichoso el empleado, aun sin sueldo ó sin cobrarlo, que es lo mismo; al menos no está obligado á pensar; puede fumar, puede leer la *Gaceta!*

¡Las cuatro! ¡La comida! me dijo una voz de criado, una voz de entonacion servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, é involuntariamente iba á exclamar como D. Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer; ¡pero los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad á sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré á mi criado y dije para mí: esta noche me dirás la verdad. Saqué de mi gaveta unas monedas: tenían el busto de los monarcas de España. cualquiera diría que eran retratos; sin embargo eran artículos de periódico.

Las miré con orgullo, y, come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: solo en esa forma, solo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes. Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel sér que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional, solo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y me planté en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestros aniversarios? Pero al pueblo le han dicho: hoy es un aniversario; y el pueblo ha respondido: pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble. ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre, ú hoy pasará indigestion. ¡Miserable humanidad, destinada siempre á quedarse más acá ó á ir más allá!

Hace 1836 años nació el Redentor del mundo, nació el que no reconoce principio y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos, dice el hombre; no dice: reflexionemos. El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir á la materia para pagar las deudas

del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza, tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao; figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y estenuada: una mano seca y roida llevaba á una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía á los bullicios liberales de Madrid que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvenccion y la culpa; aquella, ágría y severá; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colacion cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad á las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telon se levanta á la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, ó yo estoy loco. Una representacion en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres.

Hé aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar con las mujeres en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres. Ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza. Ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman á los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábreanse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle á merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene á herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal, que extremece los pisos y las vidrieras, se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña á mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van á dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenacion en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen á todas nuestras cosas, citan á los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va á espirar el 24 y no me ha ocurrido en él más contra-tiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa, como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha

mosto, se ha apoderado del imbécil como imaginé; y el asturiano ya no es un hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los piés, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; á imitación de la mayor parte de los hombres tiene orejas, que están á uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, ó como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos; ¡qué chasco se lleva!

A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores; algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y á la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar á los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírle de sus lábios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega á los lábios sino al través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

(Se concluirá.)

Mariano José de Larra (*Figaro*).

LAS DOS NOCHES BUENAS.

(CON MI MADRE.)

I.

Madre del alma, cese tu pena,
calma tu angustia, por Dios no llores,
que ya bendicen la Noche-buena
los reyes magos y los pastores.

Bordan los valles blancos corderos,
hay regocijos en las cabañas,
y los tomillos y los romeros
llenan de aromas nuestras montañas.

Nos dá la noche calma infinita,
y hacen más dulce nuestra ventura,
mi limpia mesa, tu fé bendita,
nuestros recuerdos y tu ternura.

Acompañando tus devociones,
contigo, á solas, feliz me quedo;

el aire azota los torreones
y la lechuza silba de miedo.

Suenan lejanos dulces cantares;
voces muy tristes, vaga armonía,
esta es la noche de los hogares,
y el alma siente melancolía.

Déjame, madre, que te recuerde,
al son medroso del ronco viento,
mi eden de niño, la alfombra verde
con que imitabas el *Nacimiento*.

La pastorcilla de gracias llena
que en frágil barro nos la fingian,
los vidrios rotos sobre la arena
que á un arroyuelo se parecian.

Del hogar, bosque, valle galano,
fruta fingida, monte divino,
huerto bendito donde tu mano
á los pastores abrió camino.

El fiel rebaño que se apacienta,
el hondo cáuce de la cañada,
la choza humilde, la blanca venta
donde la Virgen buscó posada.

La abierta roca del monte oscuro,
la azul corriente del manso río,
la anciana pita formando un muro
en los vallados del caserío.

La sombra opaca de la arboleda,
los frescos juncos sobre los lagos;
allá trotando por la vereda
en sus corceles los reyes magos.

Y por las crestas de las montañas,
rubias pastoras, de talle erguido,
frutas y mieles de sus cabañas
llevando al Niño recién nacido.

Horas felices del alma mía,
breves, tranquilas y seductoras,
¡madre del alma, cuánto daría
por un instante de aquellas horas!

Huye del niño la edad serena,
jamás tornaron tiempos mejores,
y solo vuelve la Noche-buena
con sus veladas y sus pastores!

Noche sublime, yo te bendigo;
cuando otros años toques mi puerta
haz que mi madre viva conmigo,
haz que mi casa no esté desierta!

(SIN MI MADRE.)

II.

Ya de rumores los campos llena,
con ella el mundo de gala está,
¡jay! que ya vuelve la Noche-buena!
¡jay! que mi madre no volverá!

Llanto de fuego mi rostro abrasa,
huérfano lloro mi bien perdido,
ya está desierta mi antigua casa,
todos se han muerto, todos se han ido.

Huye del niño la edad serena,

jamás tornaron tiempos mejores,
y solo vuelve la Noche-buena
con sus veladas y sus pastores.

Verdes riberas, patrias montañas,
niñez bendita, noche ideal,
¿donde está el humo de mis cabañas,
donde el establo, donde el portal!

¡Madre, las gotas del llanto mio
riegan mis noches, ya te perdí!
¡los que sucumben muertos de frío
son más dichosos que yo sin tí!

¡Ay! quien pudiera romper tu huesa,
tu amante vida lograr de Dios,
sentarse al borde de nuestra mesa,
mirarte.... y luego morir los dos!

Y en esta noche de roncós vientos,
de tantas dulces melancolías,
que me contaras los mismos cuentos
y me besarás como solías.

Oír entre sueños rumores vagos,
sentir los miedos de una vision,
cuando pasaban los reyes magos
dejando ofrendas en el balcón.

Ver nuestra mesa limpia y colmada,
y recordarme la faz divina
de aquella Virgen acongojada
que hacía el humilde Belen camina.

El villancico sonoro y blando,
el pan sabroso la leña ardiendo
ver cómo el ángel está cantando
y como el agua se vá riendo.

¡Ay! ya tus ojos no son testigos,
de aquella dicha que muerta está;
se van las cosas y los amigos,
se van las madres..... ¡todo se vá!

Lenta la nieve que en copos baja,
ni alegra el patio ni el torreón;
más bien parece triste mortaja
tendida en medio de un panteón.

Ni hace un fantasma del campanario,
ni su blancura me alegra yá;
ahora la miro como un sudario.
que tu sepulcro cubriendo está.!

Antonio F. Grilo.

CUENTOS DE MI TIERRA.

La Cruz del Hituelo.

Muchas veces he recordado en mi vida á la buena de la tia Chanfa, escelente anciana de mi pueblo, bajita, alegre y arrugada, con su saya verde, su negro jubon de paño y su pañuelo de hierbas al cuello, hilando estambre ó cáñamo, segun la estacion, sentada sobre su viejo capazo al sol en invierno y á la sombra en verano, junto á la puerta de la escuela

ó del estudio, como entonces le llamábamos ¡Aun me parece estar viéndola enfadarse por la infernal gritería que levantábamos delante de ella jugando á marro, levantarse y correr, á pesar de su cojera, para pegarnos con el mango de escoba que le servia de báculo! ¡Con qué gusto nos reíamos nosotros al ver su furor y su impotencia para cogernos, y los dicterios que nos dirigía, al ver que no podia hacer otra cosa!

No se crea que esto sucedia muchas veces; la buena mujer se habia acostumbrado tanto á vernos correr y saltar por su lado, que solo tomaba aquella actitud belicosa cuando alguno le pisaba ó le tiraba á rodar el huso con que estaba hilando. En cambio le gustaba mucho que en vez de correr nos sentáramos á su lado y escucháramos los cuentos y tradiciones del pais que nos contaba, de las que tenia un gran repertorio y que nosotros escuchábamos siempre con religioso silencio. ¡Siempre recordaré con placer una que noe contó, pocas tardes antes de morir, y que oímos sentados á su alrededor los que le habíamos pedido un cuento.

..

No puedo deciros (nos dijo) las causas por las que fueron espulsados definitivamente de España los moros y judios, ni si estas fueron justas ó injustas, solo si os diré, que efecto de aquella forzada marcha de gentes, estos pueblos quedaron poco menos que desiertos, pues segun noticias apenas quedaron en todo el Comun de Huesa, unos mil vecinos de cristianos viejos como entonces se llamaban, calculándose que se marcharon de los antes dichos sobre unas ocho mil personas de ambos sexos.

Era alcalde aquel año del concejo de Blesa, un hidalgo hijo del pueblo y de los mas ricos, llamado Pedro Beltran, gran enemigo de los moros y judios, y en especial de estos últimos, el que tan pronto como tuvo noticia y recibió la orden de espulsion, la notificó á los interesados en ella, advirtiéndoles que solo les daba veinticuatro horas de término para dejar el lugar, y que pasado este tiempo el primer moro ó judio que encontrase, lo habia de colgar del primer arbol que habia á la salida del pueblo.

Escuso deciros la prisa que se darian aquellas gentes para cumplir tan bárbara orden, y más aun con las noticias que tenian de todas partes en donde trataban á los suyos con igual ó mayor rigor. Recogieron lo que les fué posible, malvendieron lo que les quisieron comprar los cristianos que se quedaban,

y al siguiente dia muy temprano fueron dejando el pueblo con grandes llantos y lamentos

¡Pobres gentes! la verdad es que fué una órden bien bárbara aquella, porque aunque moros y judios, habeis de saber que todos eran de aqui y aqui se habian criado y tenian sus intereses y afecciones que les dolia dejar para siempre; asi es que no os estrañará que muchos en vez de cumplirla, salieron del pueblo sí, pero se ocultaron por las *hoces* y otros sitios escabrosos, en las cuevas y malezas prefiriendo vivir como lobos y perseguidos por la justicia á abandonar su tierra.

Pocos espulsados quedaban ya en el pueblo cuando el alcalde recibió la noticia de los que se ocultaban en el término burlándose de sus órdenes; reunió una porcion de cristianos bien armados y con ellos salió en su persecucion, pero por más diligencias que hizo no logró dar con ninguno durante muchas horas que estuvo corriendo por montes y veredas, por lo cual y por si su presencia era necesaria en el lugar dejó á los suyos que continuasen la persecucion y él solo se volvió camino de su casa.

Tenia este Beltran una hija de unos diez y ocho años, la más hermosa de todo el pueblo y la más cristiana tambien; pero sea que la *embruajaran* ó sea que la juventud no repara en nada, estaba enamorada locamente del hijo de un viejo judio, rico sí, pero al fin judio, con el que seguia íntimas relaciones á pesar de las amonestaciones de su padre, de los cuidados de su madre y del aborrecimiento que le mostraban todos sus parientes y los cristianos del lugar. Inútiles habian sido hasta entonces las reflexiones que le habian hecho para que dejase aquellos fatales amores, así es que cuando su padre recibió la órden de la espulsion de moros y judios, vió la salvacion de su honra mancillada por los caprichos de su hija, y se apresuró á cumplirla, como ya lo habeis visto, con todo rigor, para así verse libre cuanto antes de la presencia del novio y de toda su odiada raza.

Cerca estaba ya del pueblo nuestro alcalde, cuando vió salir por el *gallipuen* (1) un grupo de judios, quizá el último que abandonaba el lugar; requirió sus armas por si era atacado al verle solo, más á pesar de lo odiado que era por ellos, ninguno le dijo nada, sin duda por

(1) Arco de piedra por el que pasa una acequia que sirve para regar la vega baja del pueblo.

temor á su bravura, pero ¡juzgad su indignacion y asombro cuando distinguió Beltran en los últimos ginetes que salian al maldecido novio de su hija: y á esta montada á la grupa de su caballo! Con la celeridad que su asombro le produjo, sugetó las riendas del animal y le detuvo, pero no bien lo habia hecho cuando una terrible puñalada dada por el raptor de su hija le dejó exánime cayendo desplomado en el suelo.

Muchos de los que salian y habian pasado sin atreverse á decirle nada, al verle tendido en el suelo, volvieron y abalanzándose sobre él saciaron su odio dándole nuevos golpes y por fin lo arrojaron en un estercolero inmediato, cubriéndolo de piedras que le arrojaron con saña y huyendo despues á buen paso por si habian sido vistos y salian en su persecucion los del pueblo.

Los primeros que descubrieron el cadáver del infortunado Beltran fueron los que habian salido con este á perseguir á los que se ocultaban burlando las órdenes reales, recojieron el inanimado cuerpo y con tan triste despojo entraron en el lugar, llebándolo á su casa que encontraron ya trastornada por la fuga de la hija. Depositado el difunto en la sala principal reconocieron las heridas que llevaba y extrayéronle un gran puñal que llevaba clavado en el pecho, de estraña forma y que tenia toda la empuñadura adornada con piedras preciosas. Todos los presentes reconocieron la arma homicida por ser del viejo judio padre del novio, y ya podeis figuraros los comentarios que harian aquellas gentes cuando sabian que la hija del muerto habia huido de la casa paterna con el matador de su padre.

Aunque algunos del pueblo indignados salieron luego en persecucion de los asesinos, ya no les fué posible darles alcance ni aun seguir su pista. Cumplidos los deberes religiosos con el muerto, salió una comision del concejo para Zaragoza á pedir el castigo de los culpables al Justicia mayor del Reino, creyendo que los fugitivos estarian aun en aquella ciudad; pero por más diligencias que practicaron para su aprehension, solo pudo saberse, pasado algun tiempo, que habian embarcado en Barcelona con rumbo á uno de los puertos de Alemania.

El puñal fué vendido por una gran cantidad en Zaragoza, y su producto destinado parte al pago de las diligencias en averiguacion del paradero de los asesinos, y otra mayor á la construccion de un monumento que perpetuase la memoria del suceso, para lo

cual vino ya con la comision el artífice Pedro Cortés, vecino de Borja, el que hizo una bonita cruz de piedra con su fuste, gradas y pié, toda ella llena de filigranados y labores góticas del mejor gusto y con los santos patronos del pueblo en el capitel y el cuerpo yacente del Beltran bajo los pies del crucifijo.

Emplazada la cruz en el mismo sitio en que habia sido arrojado el cadáver de éste, subsistió allí muchos años, hasta que para ensanchar los huertos contiguos, fué trasladada á donde hoy está, en la confluencia de la senda del Hítuelo que le dá su nombre con el camino de Zaragoza.

Llamaba la atencion de cuantos veian este religioso monumento la hermosa cruz que le servia de remate y que desapareció una noche, sin que se sepa por qué ni por quién fué robada, lo que atribuyen algunos al mérito artístico que tenia; solo sí se observó que este robo habia sido hecho con cuidado, sin estropear nada de lo demás, ni romper el más pequeño fragmento.

—Nunca dejeis, pequeños míos, (añadió la buena anciana) que las pasiones os dominen: ya veis, por lo que os he contado, el triste fin de ese Beltran, que vengativo expulsó á los moros y judios de aquí con más crueldad que en otras partes, que les dieron más tiempo para hacerlo, y á su hija, por su amorosa pasion, dejar su religion, su patria y familia y hasta ser causa del asesinato de su padre y unirse al que iracundo habia derramado la sangre que le habia dado el ser.

¡Cuántos remordimientos no amargarían la vida de aquellos infelices unidos por un crimen! ¡Dios solo lo sabe!

Salvador Gisbert.

AMORES ELÉCTRICOS.

Dió mi torpe corazon
al revolver una esquina
con el tuyo un tropezon
y sentí una «conmocion»
«eléctrica repentina,

Quise huir y dí un traspiés,
me empezó un temblor horrible,
escalofrios despues,
un hormigueo terrible
de la cabeza á los piés.

Quedé más muerto que vivo
y al contacto seductor
de tu aspecto «negativo»
y mi ademan «positivo»

brotó una chispa, el amor.

Tan «simpática corriente»
entró en nuestros corazones
rápida y furtivamente
y estableció de repente
entre los dos... «relaciones»

Nos llegamos á entender
y pudiendo disponer
de «electricidad» bastante,
pensamos establecer
un «telégrafo» ambulante.

Obtuvimos tal conquista
como quien dice por tabla;
con aire «telegrafista»
los dos tendimos la vista
y nos pusimos al «habla.»

La calle era mi «estación»
y antes que tú de improviso
te asomáras al balcon,
sentia en mi corazon
la «campanilla de aviso.»

Poquito á poco se abria
tu persiana, y yo valiente
sin moverme, resistia,
tus ojos en bateria
y una «descarga»... de frente.

Me mirabas, te miraba,
¿me quieres? ¿Como no amarte?
nuestro pecho palpitaba...
«tic, tac, tic, tac,» y empezaba
la trasmision de algun parte.

—¿Vas á paseo?

—Si iré.

—¿Con quién vas?

—Con mi mamá,

á las cinco.

—Esperaré.

—Vete que viene papá.

—Me quedo aquí, en el café.

De tan sublimes amores
«electro» conmovedores
eran en toda ocasion
tu abanico y mi baston
grandes «manipuladores»

Para un caso extraordinario
hubo cifras á granel;
usábamos siempre del
«sistema de abecedario.»

Cesó tan inquieta vida
al mirar con tierno afan
nuestra línea «interrumpida»
por una mala «partida»
de tu primo el... perillan.

De nuestro amor se enteraron,
te oprimieron, te encerraron,
tu tia fué nuestro asilo,
y tres meses nos dejaron
pendiente el alma de un «hilo.»

Olvidaste mis amores

por un lord., ¡malditos lores!
 tienen buenos capitales
 y es fama que los metales
 son «muy buenos conductores.»

Hoy sin cuidado me tiene
 tu amor, estoy muy sereno
 y sé lo que me conviene.
 tras el «relámpago» viene,
 por lo general un «trueno.»

No más «electricidades»
 prefiero vivir en calma;
 suprimo las «tempestades»
 en el cielo de mi alma.

De la «eléctrica impresion»
 dicen que libra el cristal
 aislando con perfeccion,
 y ya tengo el corazon
 metidito en un fanal.

Vicente del Rio.

UN PREMIO DE LA LOTERIA.

—=—

(Continuacion.)

—Un dia, continuó, vino á verme, y me pareció muy animado, y más que animado, muy aturdido.—«Margarita, me dijo, no lo creerás, pero me parece que pronto voy á realizar mi deseo.»—¿Cómo? le pregunté. ¿Vas á ser oficial?—«Probablemente voy á ser capitán.»—¡Qué disparate! exclamé.—«¿Disparate? Pues mira.» Y me enseñó un papel.—¿Qué es eso?...—«Esto es un despacho de capitán.»

Yo quedé aturdida. Parecíame sumamente raro que desde sargento que era, pudiese ascender nada ménos que á capitán; pero me habló tan cariñoso, tan enamorado, y manifestaba tal seguridad de obtener la fortuna á que aspiraba, que ya no me atreví á hacerle observacion alguna. Sin embargo, cuando me separé de mi amado Pablo comenzaron mis inquietudes, y sentí una ansiedad, un sobresalto tan grande, que llorando pasé toda la noche, y no pude conciliar el sueño. Latía mi corazon agitado á impulsos de un doloroso presentimiento, y hubo instantes en que de tal suerte creció mi angustia, que estuve á punto de ir á despertar á mi padre y á decirle:—¡Padre, padre; Pablo debe estar en peligro... Padre, ayúdeme V. á salvar á Pablo!—¡Ojalá lo hubiera hecho! Yo no sabía qué peligro le amenazaba, pero mi leal corazon me lo decia á grandes voces. ¡Ay! ¡Nunca me ha engañado mi corazon!

Otra vez se vió obligada la triste mujer á suspender su narracion. La marquesa y yo estábamos fuertemente impresionadas ante aquella desdichada criatura, cuyo infortunio debía ser incomparable é inmerecido, porque Margarita era, sin duda, una dignísima, una adorable mujer.

—El dia siguiente, continuó Margarita, volvió á verme, y volvió á insistir en las ideas expresadas en nuestra anterior entrevista, y sacando de su cartera tres décimos de la lotería, que se sorteaba pocos dias despues, me los dió, diciéndome:—«Guárdalos; he soñado esta noche que me habia caido parte del premio grande, y en cuanto he salido he comprado esos décimos. A ver si Dios quiere que sea verdad mi sueño.»—Tomé los décimos llena de angustia, porque todo lo que parecia á Pablo de venturoso augurio, parecíame, por secreto presentimiento, ocasion de alguna gran desgracia que nos amenazaba.

Pablo estuvo á mi lado más tiempo que de ordinario, y al separarnos me cogió la mano, y sin poderlo yo evitar, me atrajo á sí y estampó en mi frente un beso, el primero y el último, porque mi pobre Pablo murió dos dias despues.

—¡Desgraciado! exclamó la marquesa.

Margarita, haciendo un supremo esfuerzo, continuó:

—El dia siguiente al de nuestra entrevista hubo en Madrid grande alarma, y mi padre vino diciendo que la tropa se habia sublevado. Todo concluyó pronto, todo, y Pablo, que olvidó sus deberes militares, fué fusilado á las pocas horas de terminado el motin, con otros infelices engañados como él. ¡Pablo de mi alma! Porque todo le parecia poco para mí, porque era su afán más vivo darme toda la mayor felicidad, se comprometió en aquella desdichada empresa, y en un punto acabaron su vida y mi ventura. Yo estuve muy enferma, entre la vida y la muerte, y mis pobres padres hicieron por mí todo género de sacrificios. Lleváronme fuera de Madrid á un pueblo donde tenía un tio sacerdote, y allí estuve once meses, y gracias al buen consejo de este hombre excelente y al amor de mis padres, recobré salud bastante para poder trabajar, que debo trabajar para mis padres. ¡Oh, si ellos no hubieran vivido, la desesperacion habria acabado con mi vida!

—¿Y los décimos de la lotería? preguntó la marquesa, despues de unos momentos de silencio, á la desgraciada Margarita.

—Los décimos de la lotería los olvidé. Durante algunos meses de mi enfermedad, ni un momento vino á mi memoria el recuerdo de aquellos malditos billetes. Luego, un dia, pen

sando en mi desdichado prometido, que era mi pensamiento único, recordé el obsequio que me había hecho, y en vano procuré determinar donde los había guardado. No imaginaba yo siquiera que hubieran sido premiados aquellos décimos, no codiciaba seguramente la ganancia que en ese caso había de recoger, y que no hubiera podido entregar á ningun heredero de mi Pablo, porque éste, para ser en todo infeliz, había perdido á sus padres hacia tiempo y no contaba otros parientes: quería conservar siempre aquellos billetes porque me los había dado Pablo. Pero nada, por más que torturaba mi imaginación, no podía recordar dónde los había puesto. Volví á Madrid, pasó tiempo, y los décimos no parecieron.

—¿Y no han parecido? preguntó la marquesa.

—Aquí están, dijo Margarita sacándolos del pecho; nunca los separo de mí; aquí están estos décimos que Pablo había visto en sueños premiados con un dineral.

—¿Y dónde estaban?

—Señora, un día que mi padre estaba gravemente enfermo y no tenía trabajo, y la miseria se posesionaba de nuestro hogar, buscando qué vender ó qué empeñar, á fin de obtener recursos para atender á mi padre, fijé la vista en un bonito costurero que mi madrina me había regalado y que yo no usaba, y servía de adorno en nuestra salita. Pensé vender el costurero, abrí un cajoncito que tenía, y que yo lo había forrado de papel de color, levanté este papel y debajo estaban los décimos.

—¿Y habían sido premiados?

—No lo imaginé siquiera, pero mi pobre madre me invitó á que lo averiguase, porque si habían sido premiados, en aquella circunstancia nos era más que nunca necesario algun auxilio. Yo me negué á intentar saber si la suerte había favorecido aquel número, pero pasaron más días y cada vez fué más precaria nuestra situación, á tal extremo, que una mañana salí con los décimos y entré en la primera lotería. Pregunté al lotero si estaban premiados, sacó unas listas, buscó el número y me dijo:—¿Dónde ha encontrado V. esos décimos?—Son míos, contesté.—¿Y ahora viene V. á ver si le ha tocado la lotería? Hace un mes habría V. cobrado quince mil duros, pero ahora ya han caducado. Ha pasado el año con exceso.—Esta es la historia, señora.

—¡Jesus! exclamó la marquesa. ¡Qué desgracia!

—Crea V. que no sentí perder aquella suma. ¡Mi Pablo fusilado y yo con una fortuna tan grande!... No hubiera podido hacer nada

de ese dinero. Habría sufrido mucho más que he sufrido. He consagrado mi vida al trabajo para mantener á mis padres; cuando ellos me faltan, que ya no podrán vivir mucho, seré hermana de la Caridad. Dios sabe lo que hace. Cúmplase la voluntad de Dios. Desde entonces no he jugado nunca á la lotería, y esta es la razón por que, al decirme el mayordomo que se me daría parte en la jugada de la lotería con que V., bondadosa señora, obsequia en esta época del año á los que tienen la honra de servirla, me he opuesto con todas mis fuerzas. La lotería es para mí ocasión de agudísimo dolor y profundo pesar. ¡Qué felices hubiéramos sido Pablo y yo!... ¡Bendita sea la voluntad de Dios!

—Margarita, dijo la marquesa profundamente conmovida, V. no saldrá nunca de mi casa.

—Doy á V. gracias, señora, por su bondad; pero he jurado consagrarme á la Caridad en cuanto la muerte de mis queridos padres me releve del deber que hoy cumplo, manteniéndoles y cuidándoles, con la ayuda de Dios que no me abandona y que me ha dado fuerzas para soportar mi infortunio.

No hace mucho, en uno de mis viajes, visitando un hospital, encontré á Sor Margarita á la cabecera de un pobre moribundo.

La costurera había cumplido su propósito.

Cárlos Frontaura.

EL GUSANO Y EL ELEFANTE.

Hé aquí que cierto día un elefante muy enorme, muy enorme, yendo por un camino encontró una gran mole de piedra, que obstruía el paso. Cuando el elefante tropezó con ella, sonrió contemplándola con lastimoso desprecio. Con la trompa descargó un golpe sobre la mole, pero esta no hizo el menor movimiento. El elefante ya no sonrió ni la miró compasivo; se puso grave y se convenció de que trataba con un enemigo respetable y fuerte. No obstante, confió en sus fuerzas y creyó que pronto derribaría la mole. Empezó á dar trompazos á la piedra, cada vez más fuertes, pero la piedra era más fuerte que la trompa, y no se movía ni siquiera temblaba. Solo el elefante era el que padecía. El pobre animal sudaba de angustia y de fatiga, pero aun no desconfiaba de vencer, y tras de algunos instantes de reposo, la emprendió de nuevo contra la mole. ¡Todo fué inútil! Despues de muchas horas de forcejar, el elefante perdió la esperanza y se alejó diciendo:

—La piedra es más fuerte que yo.

Volvió hácia atrás, y de vez en cuando miraba con rabia la mole que permanecía firme, impassible, desafiando la fuerza y el orgullo del elefante. Este se alejó y se perdió de vista por entre los bosques.

Mucho tiempo despues, el elefante tuvo que pasar por aquel mismo camino, y al llegar al sitio en donde estaba la mole, no encontró obstáculo alguno. La mole estaba destrozada, tendida sobre una márgen, mostrando que la caída habia sido impetuosa y repentina.

El elefante se detuvo admirado, y contemplando las ruinas de la columna, exclamó:

—¿Quién debe haber sido el atleta poderoso que ha derribado esa gran mole? Yo creia que los elefantes éramos los más fuertes y valientes animales de la tierra, y ahora me convenzo de que somos pequeños y débiles comparados con otros á quienes no conozco, pero que sin duda existen. ¿Quién es el coloso? ¿Qué forma tiene ese animal de mejor raza que la mia? ¡Oh! ¿Qué no daria yo por ver al que ha derribado esa mole?

—Pues no es necesario que des algo; ya puedes mirarme gratis, dijo una vocecita que apenas se oia.

El elefante, más admirado de lo que estaba, dirigió la mirada en torno suyo, pero no vió al animal que le hablaba.

—Estoy aquí, aquí, mirame, delante de tí.

El elefante miró y solo vió un pequeño y miserable gusano que se removia entre el polvo.

—¿Quién me habla? preguntó el elefante.

—Soy yo, soy yo, soy el gusano.

La admiracion del elefante subió al grado máximo.

—¿Tú has derribado esa gran columna?

—Yo, sí; ¿qué te admira?

—¿Intentas burlarte de mí? ¿Cómo es posible que hayas tenido fuerza para derribar la mole, si yo que soy tan alto, tan corpulento y tan fuerte, luché durante muchas horas para derribarla, y apenas la hice temblar? ¿Acaso pretendes compararte conmigo?

—No; ya sé que no puedo enorgullecerme en tu presencia, y que con una de tus pisadas matarias centenares de séres como yo; pero ya que eres superior á mí en tantas cosas, en alguna he de aventajarte.

—¿Y cómo pudiste?...

—Yo pasaba por este camino, y encontré á la mole que me impedía el paso. Entonces pensé que lo conveniente era limpiar de obstáculos el camino. Me puse al pié de la columna y empecé á roer. He roído, he roído, hasta que toda la base ha estado carcomida. Cuando la columna no ha tenido base sobre que sostenerse, ha caido. Ya ves que yo, pequeño y

despreciable, he derribado la mole, y tú, corpulento y enorme, antes hubieras muerto que logrado tu intento.

Y el gran elefante y el pequeño gusano siguieron su camino, hablando como dos buenos amigos. El gran elefante se creia muy honrado, por más que se burlasen de él los otros elefantes que le veian con tan mezquina compañía.

Esta narración nos enseña dos cosas, la primera, que nunca debemos despreciar á los pequeños y á los débiles, por débiles y pequeños que sean; y la segunda, que en todas las empresas, hasta en aquellas que parecen del exclusivo dominio de la fuerza, no es solo la fuerza la que gana, y que á veces ella sola no sirve para maldita la cosa.

X.

CRISPIN Y CRISPINIANO.

CUENTO POPULAR

por

D. Antonio de Trueba.

I.

En un pueblo de cuyo nombre no puedo acordarme, y lo siento mucho, porque á los cuentistas nos sale la cuenta contándolo todo, y más que todo contando dinero, vivia un zapatero llamado Crispin, que conviene dar á conocer al público.

Crispin tenia un defectillo que consistia en ser un poco *fantasioso*, como llamamos en Vizcaya á aquellos de quienes se dice en otras partes que les gusta pintar la cigüeña, y este defectillo era tanto más lamentable, cuanto que Crispin era muy amante de la igualdad.

Crispin no estaba descontento de su pueblo ni de su oficio; pero habia en su pueblo y en su oficio cosas que le quemaban mucho la sangre. Vayan algunos ejemplos de ello.

Al maestro de escuela se le designaba antonomásicamente por el maestro, y se le llamaba siempre señor maestro al dirigirle la palabra. Al maestro zapatero se le llamaba sencillamente el zapatero, y al dirigirle la palabra maestro á secas.

—Pero señor,—decia Crispin,—¿por qué ha de haber estas necias distinciones y desigualdades sociales? ¡Pues qué! ¿No soy yo tan maestro como el maestro? ¿No es, si se quiere, más fundamental mi arte que el suyo? Yo soy un artista que calza al vecindario, y él otro artista que le educa. Si los dos somos hombres de bien y cumplimos con nuestra

obligacion, ¿á qué viene llamarle á él señor maestro y á mí maestro á secas? Felizmente, el progreso social dará muy pronto al traste con estas monstruosas desigualdades.

En dos clases se dividía principalmente el calzado que el vecindario encargaba á Crispin: botas para el señor cura, el señor maestro y algunas otras personas, y zapatos para el resto del vecindario.

—Pero, señor,—decía Crispin,—es cosa que pasma y pudre la sangre esta desigualdad social! ¿Por qué unos han de llevar calzado que sube hasta la rodilla y otros calzado que no pasa del tobillo? ¿No somos todos hijos de Adán y Eva? ¿No tenemos todos las piernas de la misma hechura?

Lo que disgustaba también mucho á Crispin era el servilismo, era eso de haber en la sociedad amos y criados, jefes y subordinados, reyes y vasallos, porque decía con muchísima razón:

—Señor, si todos los hombres somos hermanos, si tenemos todos un mismo principio y un mismo fin, si un mismo cielo nos cubija y una misma tierra nos sustenta, ¿por qué no hemos de ser en todo lo demás iguales? Afortunadamente, el nivel de la civilización establecerá la armonía social, cuya falta tantos males acarrea á la humanidad.

Grandes eran las penas que estas cavilaciones daban á Crispin, pero Crispin se consolaba de ellas con la lectura de ciertos libros que eran su más dulce entretenimiento en el corto tiempo que el trabajo le dejaba libre, porque hay que advertir, para dar al César lo que es del César, que Crispin era muy trabajador y á esta buena cualidad unía la de no beber vino.

Un día recibió una carta de un amigo que tenía en la corte, y en esta carta leyó la postdata siguiente:

«De novedades por aquí no hay mas que la de andar el rey algo enfermo, lo cual nos tiene con mucho cuidado, porque su magestad es un santo, y la de haber muerto el zapatero de cámara de su majestad. Si á tí te acomoda la plaza de zapatero de cámara, que es una brevita de las buenas, vente por acá, que de seguro te la calzas, porque yo conozco á un pariente de una parienta de un amigo de una amiga del calcetero de su magestad.

Crispin abrió tanto ojo cuando leyó esta postdata, y despues de consultar con la almohada, se decidió á emprender el camino de la corte para pretender la vacante que le anunciaba su amigo, ó mejor dicho, para ocuparla, pues Crispin era gran optimista, como se colige de lo que le hemos oido decir acerca del

nivel de la civilización, y ya la consideraba suya.

—¡Zapatero de cámara de su majestad!—decía—¿Quién me tose á mí si pesco la placita esa? Y tres más que la pescaré con las buenas relaciones que mi amigo tiene con el calcetero de su majestad. Planto en la muestra las armas reales, y ya metiene usted armado. Ahora verán mis paisanos cómo yo no soy de esos que se llenan de viento en cuanto les sopla un poco la fortuna. Vea usted, otro en mi lugar, cuando volviera por el pueblo, hasta tendría á ménos hablar con el señor cura; pero yo nada de eso, he de ser un señor tan llano que ni siquiera permitiré que me hablen con la cabeza descubierta.

Pensando Crispin tan sesudamente, se echó á la espalda un morral que contenía algunas herramientas de su oficio y su traje dominiego, se embolsó el poco dinero que tenía, y emprendió la jornada, por supuesto despues de despedirse de sus parientes y amigos, con quienes estuvo finísimo, pues á todos les dijo:

—Nada, ya lo saben ustedes, si se ofrece algo, no tienen ustedes más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

II.

La jornada era larga, y el dinero de Crispin corto; pero Crispin á cuantos pobres encontraba en el camino les daba un par de cuartitos, porque decía, y decía muy bien:

—¿Qué ménos de dos cuartos ha de dar á cada pobre quien es como quien dice zapatero de cámara de su majestad?

En el primer pueblo que atravesó, le pidió limosna un hombre que tenía la mano entrapada.

—¡Qué! ¿Está usted manco? le preguntó Crispin.

—Si, señor; soy alpargatero, y de resultas de haberme pinchado la mano con la aguja, hace un mes que no trabajo.

—¿Alpargatero? Hombre, pues somos casi del mismo arte.

—¡Qué! ¿Es usted acaso abarquero?

—¡Abarquero!—replicó Crispin un poco amostazado.—Hombre, hágame usted más favor; yo soy, como quien dice, zapatero de cámara de su majestad.

—¡Ah! Usted perdone;—dijo el manco, llevando respetuosamente la mano al sombrero.

—No hay de qué, amigo mio,—le contestó Crispin ya muy risueño.

Y echando mano al bolsillo, le alargó una peseta.

El alpargatero se echó á llorar, ó poco ménos, de alegría y agradecimiento al verse con

tal generosidad socorrido, y Crispin se apresuró á decirle:

—¿Quiere usted callar, hombre? Los artistas estamos obligados á favorecernos mutuamente.

—Pero ya ve usted, yo soy un pobre zapatero...

—Para mí vale usted tanto como si fuera usted un duque. Todos somos hijos de Adán y Eva, y las distinciones que no se apoyan en la virtud y el talento son despreciables.

—¡Y qué razón tiene usted, señor!

—Ea, que usted se alivie, y si se le ofrece algo no tiene más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

Pasando Crispin por otro pueblo, vió á la puerta de una tienda cerrada tres mujeres que aporreaban la puerta con un par de zapatos usados que cada una tenia en la mano, y al alzar la vista vió sobre la puerta una muestra con este letrero entre una bota y un zapato: *Crispiniano, maestro de obra prima.*

—¿Por qué aporrean ustedes así esa puerta?—preguntó Crispin á las mujeres.

—Para que abra el zapatero y nos ponga estos zapatos, que nos corren prisa.

—¿No ven ustedes que cuando el maestro no ha abierto será porque habrá salido á algun recado?

—¡Ca! Estará todavía durmiendo la mona que cogió anoche ó habrá salido á coger otra.

—¡Hablen ustedes con más respeto de los artistas!—dijo Crispin poniendo la cara seria.

—¡Ja! ¡ja!—exclamaron las mujeres.—¡Vaya un artista, que gasta en vino y aguardiente más de lo que gana!

Y volvieron á aporrear la puerta con los zapatos, poniendo al maestro de holgazan y borracho que no habia por donde cogerle.

Crispin trató de apaciguarlas, y les aconsejó que se fueran á casa y volvieran más tarde con los zapatos.

—¿Se le figuga á usted—replicó una de ellas—que tenemos nosotras de sobra el tiempo para andar yendo y viniendo?

—Mi marido—añadió otra—no tiene más zapatos que estos, y está esperando á que se los lleve compuestos para ir á trabajar al campo.

—Tampoco mi chico—dijo la tercera—tiene más calzado que este, y hoy va á perder la escuela por culpa de ese borrachon.

—Vamos, vamos, que todo se arreglará,—dijo Crispin compadecido de aquellas buenas mujeres.—Yo tambien soy del arte, y para que no se les haga á ustedes mala obra voy á componerles esos zapatos.

—Sí, sí, háganos usted ese favor, que ade-

más de pagarle lo que sea, se lo agradeceremos mucho.

Crispin sacó las herramientas que llevaba en el morral, se sentó sobre éste, y mete que mete la lezna, y tira que tira del cabo, ántes de media horita compuso perfectamente todos los zapatos.

—¿Con que qué le debemos á usted?—le preguntaron las mujeres.

—Lo que acostumbre á llevarles el maestro Crispiniano por composturas así,—les contestó Crispin.

Y las mujeres, ésta «á mí me lleva tanto», y la otra «á mí me lleva cuánto», le pagaron su trabajo y le dieron las gracias por lo bien que las habia servido.

—No hay de qué darlas,—les dijo Crispin,—porque los artistas estamos obligados á servir á todo el mundo. A la córte voy, y si se las ofrece á ustedes algo, no tienen más que poner cuatro letras al zapatero de cámara de su majestad.

(Se continuará.)

EPÍGRAMAS.

I.

Ese que ha pasado ahora
sin dignarse saludar
es un defensor acérrimo
del sistema federal.
Continuamente, á la cárcel
por sus opiniones vá,
y aun dicen los que le tratan:
—¡Qué *impolítico* es D. Juan!

II.

—¿Donde vás?
—Voy de paseo
hacia la casa de fieras.
—Pues por allí encontrarás
á mi mujer y á mi suegra.

III.

—Usted ha oido cantar
á Luisa?... Es un portentoso.
¡Canta con un sentimiento!...
—(¡Del que la llega á escuchar!...)

Tomás Camacho.

MISCELÁNEA.

Gabinete clínico del Dr. Benito. Consulta diaria, de 11 á 2, calle de los Amantes núm. 10, entresuelo. Gratis á los pobres.

El Auxiliador.—Aparato para facilitar la primera enseñanza por D. Celestino Moreno y Noguera, Capitan teniente de infantería.—Precio: 150 pesetas.

Se vende á plazos á los señores profesores de Instrucción primaria.

Para más detalles dirigirse al autor, calle de Peñayo, número 24, entresuelo, Valencia.

De porqué rabió el Rey que rabió.—En el comercio de Mediano, 2 rs.

Diccionario popular de la Lengua castellana, por D. Felipe Picatoste.—Forma parte de la Biblioteca Enciclopédica popular.—Cuatro tomos encuadrados en tela en un volumen=5 pesetas.—Dector Fourquet,—7—Madrid.

Escenas contemporáneas.—Pavía.—4—Madrid.

Libro Nuevo.—Borriones ejemplares por D. Manuel Polo y Peyrolón. Con licencia del Ordinario se acaba de publicar esta miscelánea de artículos amenos, moralizadores, y variados, formando un volumen de 400 páginas en 8.º francés, elegantemente impreso, con vinetas y tipos elzeverianos y cubierta y antecubierta á dos tintas, sobre papel satinado. Al precio de diez reales se vende en las librerías de Tejado, Arenal, 20; Aguado, Pontejos, 8; y Olamendi, Paz 6.

Manual del impuesto de consumos, por la Redaccion de El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales.

Acaba de ponerse á la venta la séptima edición de esta utilísima obra, arreglada á la novísima legislación de ramo ó sea á la ley de 31 de Diciembre de 1881, á la instrucción y tarifas de la misma fecha y á las demás disposiciones ulteriores, con estensas explicaciones prácticas para facilitar la administración del impuesto, adopción de medios para cubrir los encabezamientos, repartos, reclamaciones, etc.; una completa colección de todos los formularios convenientes para la administración, gestión y cobranza del mismo; y la nueva legislación, anotada y concordada para su mejor aplicación ó inteligencia.

Un volumen de cerca de 300 páginas, en 8.º francés.

Precios: 8 rs. en rústica y 11 en holandesa.

Los pedidos al Administrador de *El Consultor* Plaza de la Villa, 4, Madrid.

El Día.—El más barato de los periódicos.—Suscripciones. Madrid un mes 1 peseta.—Provincias,

3 meses 3 idem.—Hoja literaria semanal, gratis.—Dos veces al mes, artículos de D. Emilio Castelar.

Apuntes críticos y biográficos acerca de los hombres célebres de la provincia de Teruel, por D. Mariano Sanchez-Muñoz Chlusowicz.

Pocos ejemplares quedan ya de esta obra, publicada por la REVISTA DEL TURIA. Véndese á dos pesetas en el Comercio de Mediano, calle de San Juan núm. 1.

Se remite por el correo, añadiendo á su importe 10 céntimos de peseta.

Revista popular de Conocimientos Útiles.—Precios de suscripción: Un año, 40 rs.—Seis meses, 22.—Tres meses 12.—Regalos.—Al suscriptor por un año se le regalán 4 tomos, á elegir, de los que haya publicados en la *Biblioteca*, 2 al de 6 meses y 1 al de trimestre.

Gran suscripción musical, la más ventajosa de cuantas se publican; pues reparte además de la música de zarzuela que se dá por entregas y sin desembolsar un céntimo más, otras obras de regalo, Á ELECCION DE LOS SUSCRITORES, cuyo valor sea igual al que hayan abonado para la suscripción.

Almacén de música de D. Pablo Martín=Corro 4=Madrid.—Corresponsal en Teruel, Adolfo Ceireiro=San Esteban=5.

La Guirnalda es sin disputa el periódico de modas mas conveniente á las familias y más económico.

La Correspondencia Musical es el periódico de su clase que ha obtenido mayor éxito en España. Se publica todos los miércoles, en ocho grandes páginas á las que acompaña una ó dos piezas de música de reconocida importancia.

Distracciones poéticas, de D. Miguel Ruiz y Torrent.—Precio una peseta cincuenta céntimos.—Para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA 1,25 céntimos.

Don Quijote de la Mancha.—Un solo volumen de 372 páginas.—5 reales para los suscritores á la REVISTA DEL TURIA.

Los Niños.—Revista quincenal de educación y recreo bajo la Direccion de D. Carlos Frontaura.—Barcelona.—Un año 10 pesetas.—Un semestre 5.—Un trimestre 3.

Elixir de anís.—10 rs. con casco, 8 sin él.—Farmacia de Adam.—S. Juan 71.—Teruel.

Teruel:—Imp. de la *Benevolencia*.